

Rosal Nadales, María (2020). *El secreto de las patatas fritas*. Ilustraciones de Noemí Villamuza. Barcelona: Edebé. 155 pp.

La autora del libro reseñado, María Rosal, tiene en su haber una larga y brillante andadura como escritora, crítica y poeta, que por razones obvias no es el momento de detallar aquí. En esa trayectoria



creativa destacan sus publicaciones en el ámbito de la literatura infantil y juvenil. Así, recién salido de las prensas está su libro de teatro *Malapata III y la máquina del tiempo* (Sevilla, Ediciones en Huida, 2019)¹ y unos años atrás sus *Conjurios y otras brujerías* (Madrid, Ediciones Hiperión, 2007)² habían sido justos merecedores del I Premio «El Príncipe Preguntón» de poesía para niños. Sus clases de la materia «Literatura infantil» impartidas durante años en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Córdoba avalan y refuerzan la producción en ese género realizada por la profesora Rosal.

La lectura de su nuevo libro –esta vez un relato– dirigido al público más joven, *El secreto de las patatas fritas*, me ha llevado a recordar aquellos primeros cuentos infantiles que me acompañaron durante mi infancia. Eran cuentos que rimaban con *cruentos* y cuyas sanguinarias historias, curiosamente, no me producían aversión alguna sino más bien una enorme empatía con los personajes más desvalidos y una extrema curiosidad por conocer el desenlace: valientes (y mutilados) soldaditos de plomo que ardían en la hoguera, enamorados de una bailarina que nunca llegó a decir ni pío; lobos astutos que no veían el momento de triturar inocentes cabritillas para darse una estupenda comilona; huesecillos de niños descuartizados que, tras ser plantados en el bosque, volvían a renacer cual ave fénix... Y otros muchos relatos de este jaez.

1 Ilustrado por Tania Ávila Villalba.

2 Con ilustraciones de Jack Mircala.

El extraño objeto (cuya naturaleza no desvelaré para no destripar la historia, eso que ahora llaman hacer *spoiler*) encontrado en una bolsa de patatas fritas por Isaac, el niño que narra y protagoniza *El secreto de las patatas fritas*, desencadenó automáticamente en mí la evocación de esa serie de cuentos tradicionales que guardaba en el almacén de la memoria. Algo que debo agradecer a la autora, ese momento de vuelta a la infancia. Y, además, por otras muchas razones ha sido un auténtico placer ir leyendo, degustando esta narración infantil (de un niño para otros niños y niñas) nacida de la profusa imaginación de María Rosal. Una deliciosa narración que, como todo cuento que se precie, integra elementos formales, estructurales y semánticos que, bien conjuntados, tienen la rara capacidad de entusiasmar no solo a candidas criaturas sino también a resabiados adultos: porque en el relato se encierra un inquietante secreto, que no quedará desvelado hasta bien avanzada la lectura; también porque la historia nos resuena: su contexto no puede ser más actual, cercano y verosímil, cualidades que acrecientan el interés de la lectora o lector; por sus logradas y continuas muestras de humor e ironía, que impregnan la totalidad del texto; y, en fin, por su lenguaje fresco, directo, ágil, con cierta dosis de entrañable ingenuidad, como corresponde al discurso de un niño que va camino de la adolescencia.

La lectura de este libro nos sitúa, en efecto, ante la expresión lingüística propia de un alumno de educación secundaria que, en el transcurso de la narración, se va planteando ya cuestiones de cierta altura teórica, incluso de tipo metalingüístico:

Era una hermosa tarde de primavera. Tacho primavera porque queda cursi (p. 15).

Pero mi padre era también un poco... ¿Cómo decirlo? Creo que bastante hipocondríaco. ¿Se escribe así?

Ahora no tengo ganas de levantarme a mirar en el diccionario (p. 63).

Isaac Peral –que así se apellida, sí, como el nombre del inventor del submarino– se nos presenta aquí con las aficiones, los intereses, las ideas, los gustos y disgustos propios de un chaval de sus pocos años y, también hay que decirlo, con una acusada tendencia a comer más de lo debido. Así, no es de extrañar que de todos los inventos ideados por su padre: «[...] mi preferido era el bolígrafo que echaba un chorro de paté de chorizo para untar en el bocadillo. Lo ponía sobre el radiador del aula. Se ponía calentito y estaba buenísimo» (p. 71).

A lo largo del relato van apareciendo los miembros de la familia de Isaac, que nos irán siendo presentados por él mismo, y siempre desde su propio punto de vista (cómo no) un tanto sesgado: la madre, una mujer con gran «sentido práctico» (p. 45) a la vez que «imprevisible» (p. 59); el padre

(Roberto), de profesión viajante, representante o comercial, según las diferentes versiones, si bien para Isaac es «ante todo inventor y de los grandes» (p. 68), de ahí su afiliación al SIPUMM (Sindicato de Inventores Por un Mundo Mejor); la abuela, «una emprendedora de toda la vida» (p. 76), con un envidiable «espíritu comercial», «una *crack*», a la que «siempre se le ocurren las mejores ideas» (p. 18); la hermana, de mayor edad que Isaac, por quien es calificada de «sabionda ignorante» (p. 16); Ana, su mejor amiga de clase, pero que en realidad no se llama Ana; la tía Dolores/Lola, que «tiene respuesta para todo» (p. 64); Norton, el perro, «más inteligente que muchos humanos» (p. 45)... y algunos otros personajes de menor relevancia en la trama.

Todos ellos componen un mosaico de personajes de indudable actualidad, formando parte de un divertido enredo mitad detectivesco mitad ‘costumbrista’, desde el momento en que refleja la realidad de una determinada cultura, de unos grupos humanos concretos en un tiempo y lugar también determinados, lo que a veces es aprovechado por la autora para, a través de sus personajes, deslizar una crítica implícita a ciertos valores de esa misma sociedad: « —Claro, tonta. La gente vive para aparentar. Pero, si sales por televisión, todo el mundo te ve y ya no puedes devolver el vestido. Eso está cantado» (p. 58).

Por último, hay que calificar de verdadero acierto la idea de acompañar el texto de *El secreto de las patatas fritas* con una serie de muy logradas ilustraciones que ponen el contrapunto icónico a la palabra escrita. Han sido realizadas para la ocasión por Noemí Villamuza, quien tiene un amplio bagaje como ilustradora de textos de literatura infantil y juvenil.

En definitiva, los comentarios anteriores no son más que una pequeña muestra de las muchas virtudes que podrían reseñarse del libro en cuestión. Un nuevo libro de cuentos, esta vez, que se suma a la larga lista de títulos de creación que cada cierto tiempo María Rosal nos regala a sus fieles lectoras y lectores. Un título que, de paso, no solo viene a contribuir a la promoción del mercado de la literatura infantil y juvenil en nuestro país sino a darle la calidad que el género merece, teniendo en cuenta la responsabilidad que supone la formación literaria y crítica de las y los jóvenes lectores.

María Luisa Calero Vaquera

Universidad de Córdoba

mlcalero@uco.es